

Un hombre según el corazón de Dios

Salmo 51

The Christian's Friend

biblicom.org

Índice

1 - Diferentes aspectos del Salmo 51	3
1.1 - El aspecto en la dispensación del Salmo 51	3
1.2 - La aplicación personal: el Salmo sondea el corazón de todo creyente	3
1.3 - David, un hombre según el corazón de Dios	3
2 - David, un hombre que conocía a Dios	3
2.1 - Su relación personal con Dios	3
2.2 - Las experiencias pasadas de su fe	4
3 - La caída de David cuando era rey	4
3.1 - El contexto histórico	4
3.2 - El peligro de la prosperidad: David descubre la corrupción de su corazón	4
3.3 - El episodio con Betsabé	5
3.4 - El encadenamiento del pecado	5
3.5 - La intervención de Dios	5
3.6 - La convicción inmediata de pecado de David	6
4 - La confesión de David en el Salmo 51	6
4.1 - La base del perdón	6
4.2 - La verdadera confesión	7
4.3 - La diferencia entre la confesión y el perdón	7
5 - «Contra ti, contra ti solo he pecado»: el significado de esta declaración	8
5.1 - El pecado es, ante todo, contra Dios	8
5.2 - La prioridad de la relación con Dios	9
6 - La raíz del pecado	10
6.1 - La naturaleza pecadora	10
6.2 - La verdad en el hombre interior	10
6.3 - El juicio de uno mismo: reconocer la corrupción interior	11
7 - La necesidad de un cambio interior completo	12
7.1 - La necesidad de un corazón puro	12
7.2 - La restauración	12
8 - El deseo de dar testimonio de los caminos de la gracia de Dios a los pecadores	13

8.1 - Anunciar los caminos de la gracia de Dios	13
8.2 - El poder del testimonio de quien ha experimentado tal gracia	13
8.3 - La aplicación, hoy en día, se basa en la obra de Cristo	14
8.4 - El perdón se basa en la justicia de Dios	14
8.5 - La invitación a decir todo a Dios	14
8.6 - La certeza del amor incondicional de Dios	15
8.7 - La necesidad de la rectitud y la sinceridad para disfrutar de la gracia de Dios	15
8.8 - El contraste entre la voz de Dios y la del diablo	15
8.9 - La autoestima y la autodefensa impiden una relación verdadera con Dios	15
8.10 - Dios quiere un espíritu contrito, y no sacrificios rituales	16
8.11 - El verdadero sacrificio es el de Jesucristo	16
8.12 - El valor de la sangre de Cristo	16
8.13 - La exhortación para vivir en la luz de Dios	17

1 - Diferentes aspectos del Salmo 51

1.1 - El aspecto en la dispensación del Salmo 51

No he leído este Salmo por su aspecto en la dispensación. Supongo que la mayoría de nosotros sabemos que se trata de la confesión ante Dios del remanente judío creyente, por haber causado la muerte del Señor Jesucristo. Confiesan ser culpables de la sangre derramada y entran así en la bendición del fruto de esa muerte expiatoria.

1.2 - La aplicación personal: el Salmo sondea el corazón de todo creyente

Ahora me gustaría que examinasen un poco la aplicación y el significado personales directos del Salmo. Hay una realidad maravillosa en este Salmo y en su significado. Se puede decir que los Salmos no se aplican a los cristianos, que la condición cristiana va más allá; pero aquí, también, si consideramos este Salmo con sencillez, sonderá la realidad de la relación de nuestros corazones con Dios.

1.3 - David, un hombre según el corazón de Dios

Aquí tenemos los rasgos de un hombre según el corazón de Dios, pues David era un hombre así. Pero ¿en qué sentido era esto cierto para él? ¿Qué había en él, y en lo que a él respecta, en su vida y en sus caminos, que le daba derecho a esa distinción? Un breve estudio de este Salmo nos ayuda a comprender, a medida que Dios nos ilumina al respecto, lo que significa ser según el corazón de Dios, en este mundo.

2 - David, un hombre que conocía a Dios

2.1 - Su relación personal con Dios

En primer lugar, tenemos aquí a un hombre que conocía a Dios personalmente. Este hombre había sido elegido por Dios, ungido por él, preservado por él y sostenido por él. Había experimentado personalmente a Dios y sus caminos, su bondad, su amor y su poder.

2.2 - Las experiencias pasadas de su fe

Para comprender la postura de David aquí, debemos estudiar detenidamente los detalles previos de su vida y sus caminos. Cuando no era más que un muchacho, a solas con Dios y dependiendo de Él, había matado él solo al león y al oso. Más tarde, se había erigido, solo con Dios, contra todo el poder del enemigo de su pueblo, al que había liberado del gigante, cubriendo así de vergüenza a todo Israel. Había rechazado la armadura que le ofrecía Saúl, prefiriendo avanzar confiando simplemente en un Dios conocido en quien ponía su confianza. Todos los enemigos que tenía ante sí no eran más que «filisteos incircuncisos»; no eran más que eso para él. Iba con Dios, y Dios estaba con él. ¡Una lección maravillosa, sencilla y práctica para nosotros!

3 - La caída de David cuando era rey

3.1 - El contexto histórico

Pero todo eso ya era cosa del pasado; sin embargo, Dios, que lo había llamado, no lo olvidaba. David ocupaba ahora el trono de Israel; Dios lo había llevado y establecido allí, como el hombre de su elección para reinar sobre su pueblo, y lo protegía. Allí, en el trono, aprende más de lo que jamás había aprendido en la adversidad: aprende a conocerse a sí mismo, a conocer su propio corazón y el mal que hay en él. Se le puede disculpar, hablar de la época en la que vivía, de sus circunstancias, de sus pasiones, pero ¿quién disculpará el pecado, si uno es recto ante Dios? Si nos fijamos en esas cosas, eso no nos ayudará a comprender este Salmo. Para comprenderlo, debemos considerar las cosas exactamente como Dios nos las presenta.

3.2 - El peligro de la prosperidad: David descubre la corrupción de su corazón

Dios había preservado a David, como hemos visto; para él, nada había sido más maravilloso que la poderosa protección de Dios sobre él. Ahora, Dios lo había ungido como jefe de su pueblo y había puesto el poder en sus manos; ¡y mirad cómo lo utiliza! En los días de prosperidad, las codicias de su corazón se imponen; se da cuenta de que no es dueño de ellas y de que le dominan. Eso fue más de lo que había

aprendido en un día de adversidad, cuando le perseguían como «a una perdiz por los montes» (1 Sam. 26:20). Esto es cierto para cada uno de nosotros, si tenemos cierta experiencia. Hoy en día, la gente dice que no cree en la experiencia. Por mi parte, creo plenamente en ella; de hecho, las almas solo pueden ser rectas ante Dios cuando tienen experiencia. Pero esa experiencia debe llegar a su fin, o más bien conducir a un nuevo tipo de experiencia: la experiencia personal con Dios.

3.3 - El episodio con Betsabé

2 Samuel 11 nos presenta las circunstancias que dieron lugar a este Salmo. Llevado por las codicias de su corazón, la codicia de los ojos y el orgullo de la vida, David cae en el pecado. Es a la vez una historia triste y terrible, pero hermosa y bendita en cuanto a sus resultados. Algunos han dicho: “¡Ay, si pudiera ser como David!”. Pues bien, venid y consideradlo ahora, y aprended la lección que Dios quiere enseñarnos a través de él. David no solo pecó en el asunto de Betsabé, sino que utilizó el poder real que Dios le había dado para encubrir su pecado. No compareció ante un tribunal terrenal, pero goza de una reputación ante los ojos de los hombres, y esta debe mantenerse a toda costa.

3.4 - El encadenamiento del pecado

¡Cuán cierto es que «el camino de los transgresores es duro» (Prov. 13:15)! La lujuria concibe y da a luz el pecado; y el pecado, junto con la preocupación por su propia reputación, empuja a David a cometer un asesinato, con la vana esperanza de borrar su culpa. Lo consigue, pues el poder está en sus manos –¡por desgracia! Y así es como hace uso del poder que Dios le ha confiado.

Y ahora, David descansa. Urías, asesinado por el enemigo a su orden, Betsabé se convierte en su mujer, y David busca descansar y acomodarse en la situación que se ha labrado para sí mismo.

3.5 - La intervención de Dios

Pero Dios es fiel; ahora le muestra Su fidelidad. Le envía a su siervo, un mensajero especial de su parte, que le dice sencillamente lo que ha hecho. Las cosas no se minimizan ni se agravan. Es el simple relato de los hechos: «Tomó la oveja» (2 Sam.

12:4). ¡Ah, cuando Dios habla, cuán breve y sencillo es, cuán profundamente penetra en el corazón, cuán directo es! El mensaje ha llegado al corazón y a la conciencia de David. Una sola palabra de Dios y la obra está hecha. «¡Tú eres aquel hombre!» (v. 7) –ese hombre, el único culpable ante Él; ningún otro pecador sobre la faz de la tierra es como David. Todo brotó en su corazón y en su conciencia: el abuso del poder que Dios le había dado; el uso indebido de la posición que Dios, en su gracia, le había concedido, para ocultar su pecado a los ojos de los hombres. Había logrado ocultarlo hasta entonces, pero ante Dios seguía ahí, como el carmesí; a los ojos de Dios, nada se puede ocultar.

3.6 - La convicción inmediata de pecado de David

Ahora, fíjense en el efecto que produjo. No hay endurecimiento, ni rigidez al oír este mensaje convincente. Natán dice: «¡Tú eres aquel hombre!». David agacha la cabeza. En su interior, se dice: “Oh Dios, yo soy ese hombre; he pecado contra ti”. Ahí está la realidad; es aquí donde empezamos a aprender qué es “el hombre según el corazón de Dios”. Reconoce su pecado ante Dios. Nadie puede tener una opinión peor de sí mismo que la que él tiene de sí mismo. Si somos hijos de Dios, es porque Dios nos ha elegido, a cada uno en particular, como pecador, para tener misericordia de cada uno de nosotros, especialmente. No es de forma colectiva, ni como si se tratara de un grupo, sino que es individualmente como el alma se relaciona con Dios, y llega a decir: “¡Nadie es tan malvado como yo, y nadie es como Dios en amor, bondad y gracia!”

4 - La confesión de David en el Salmo 51

4.1 - La base del perdón

Ahora, comencemos este Salmo. Aquí llegamos al magnífico y bendito fruto de esta terrible historia. ¡Ah, qué lección para nosotros! David acude a Dios no basándose en su arrepentimiento, ni en sus oraciones, ni en sus propias lágrimas. Puede arrepentirse, y es una bendición hacerlo. Puede orar, y sin duda es bueno orar. Puede llorar, llorar amargamente, con lágrimas amargas, y eso está bien. Pero ninguna de estas cosas permite alcanzar el perdón; ninguna de ellas es la verdadera base para acercarse a Dios. Él no concede su perdón en función de lo que somos, sino en

función de lo que Él es. Así es como David acude a Dios, escuchadle: «Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones» (v. 1). Ahora empezamos a comprender quién y cómo es el hombre que se relaciona con Dios –el hombre que conoce a Dios. Se podría decir que conoce sus propias transgresiones y su maldad, es cierto, pero también conoce la única base sobre la que Dios puede hablarle, tratar con él, a este respecto, de otra manera que no sea mediante el juicio. Además, solo así existe, o puede existir, la rectitud ante Dios: estar ante él y tratar con él basándose en lo que él es en sí mismo –«tu misericordia», «tu piedad». Así, puede decir: «Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado. Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí» (v. 2-3).

4.2 - La verdadera confesión

Permítanme preguntarles: ¿se han acercado alguna vez a Dios de esta manera? ¿Es sobre esta base sobre la que se puede estar ante él? «Tu misericordia», «la multitud de tus piedades». ¿Son ustedes hijos de Dios? ¿Han pecado? No pueden decir que nunca hayan hecho nada malo. Pero si hacen algo malo, ¿sobre qué base acuden a Dios? ¿Se presentan ante él como ante un Padre? Si es así, ¿se presentan diciendo?: “He reflexionado sobre ello, me he arrepentido y puedo acercarme así”. Esa razón es válida en sí misma, pero no es así como encontrarás descanso en Dios, con una confianza inquebrantable. No, el único fundamento seguro, inquebrantable e inmutable es: lo que él es en sí mismo –«tu misericordia», «tu piedad». En el universo no hay nada como «su misericordia» y “su grande bondad”, nada se les iguala; es sobre este fundamento sobre el que busco el perdón. David no presenta ante Dios un fundamento falso, sino el fundamento sencillo y claro sobre el que sabe que Dios puede actuar hacia él: «Tú eres aquel hombre». ¡Ah! Es con misericordia y bondad como Dios me ha seguido. Me ha llamado desde el lugar donde me había escondido. Él es sincero conmigo, yo quiero ser sincero con él.

4.3 - La diferencia entre la confesión y el perdón

En [1 Juan 1](#) vemos la diferencia entre la confesión y el perdón. Acudir a Dios simplemente en busca del perdón puede ir acompañado o no de una confesión completa. El primer pensamiento de quien se acerca así a Dios para confesarle sus faltas no es el perdón. Si simplemente busca el perdón, invocará, como excusas, las circuns-

tancias y la debilidad, con el fin de presentar un motivo de perdón distinto de lo que hay en su propio interior. Pero en una verdadera confesión, no se trata de la fuerza de las circunstancias, ni de la propia debilidad. Para el cristiano, esto va aún más allá; pues es consciente de que ha dejado de lado la gracia, de que no ha sabido confiar en ella, y de que su propia voluntad y su orgullo le han alejado de Dios y de su gracia para cometer el pecado que confiesa. Por lo tanto, no se trata ni de las circunstancias ni de la propia debilidad; no se trata de las tentaciones o las pruebas que le rodean. Se trata únicamente de «Su gracia» y de mi propia voluntad. Su gracia me habría protegido; la rechacé, no le presté atención, no la consideré necesaria para mí. Su poder me habría guardado, pero busqué otro poder y abandoné el lugar de la dependencia. Así me expuse a la tentación y caí. ¿Por qué lo permití? Si miro a las circunstancias y las utilizo como refugio, me refugio tras las mentiras; pero quien tiene que ver con Dios siempre dice: “Se acabó todo refugio en la mentira; quiero ser sincero con Dios; solo tengo que ver con él”.

5 - «Contra ti, contra ti solo he pecado»: el significado de esta declaración

5.1 - El pecado es, ante todo, contra Dios

Llegamos ahora a un versículo que plantea un problema a muchos: «Contra ti... he pecado» (v. 4). En eso no hay ninguna dificultad. Pero David dice: «Contra ti solo». ¿Acaso no había pecado contra Betsabé? ¿Acaso no había hecho morir a Urías, el mismo hombre contra el que había pecado? ¿Cómo podía entonces decir?: «Contra ti, contra ti solo he pecado». No hace falta ir muy lejos para encontrar la razón. Está absorto en Dios, y solo en Dios. Si el pensamiento de su prójimo se le pasa por la mente, dirá: “¡Mi prójimo! ¡Ah, sí! Efectivamente, he pecado contra él. Pero ¿qué es eso, comparado con mi pecado contra Ti?”. Es un pecado ante Dios, ante Aquel cuyos ojos son demasiado puros para ver el mal. Al hombre o a la mujer contra quien he pecado, el mal que he hecho a mi prójimo, no quiero ignorarlo ni ocultarlo ni un solo instante; pero es ante Ti, Dios de gloria, ante Ti, Dios de toda gracia, de quien conozco la compasión y el amor benévolo, ante quien he pecado. Que no haya excusas, ni causas secundarias, ni refugio en la mentira, entre Tú y yo. Estoy solo ante Ti, y solo puedo contar contigo.

5.2 - La prioridad de la relación con Dios

«Para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio» (v. 4). No minimizo el pecado hablando de la pobre mujer con la que lo cometí, de mi reputación ante los hombres, que tanto significaba para mí, ni del hombre al que llevé a la muerte para ocultar mi pecado. Me presento ante Ti, desnudo ante tus ojos, como el día en que nací; y ahora ya no queda nada, ni esperanza, ni descanso, ni motivo para confiar, salvo en ti, en tu bondad, en tu compasión.

Ahora, permítanme preguntarles: ¿Se acercan ustedes a Dios de esta manera? ¿Lo conocen así? Si es así, no es difícil decir: «Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos», es una realidad divina y bendita para sus almas. De lo contrario, quizá no consiga hacerles comprender, pero estoy seguro de que no sabrán lo que es la rectitud de corazón ante Dios hasta que lo hayan comprendido por experiencia en sus almas. Mientras no conozcan su importancia práctica, tendrán cierta reserva, intentarán retener en sus corazones cosas que no estarán dispuestos a revelar. En resumen, no serán del todo libres ante Dios.

David no retiene nada; todo lo que pudiera ser un obstáculo no es para él más que un refugio de mentira. Y eso lo rechaza, para que no haya ningún obstáculo en los caminos de Dios, nada que pueda impedir que Dios le hable, le juzgue y le quite su pecado según los recursos que hay en Él mismo. Podría alegar las circunstancias, pero eso sería volver al viejo Adán: “Tengo una naturaleza mala, pasiones, codicias, etc., que eran demasiado fuertes para mí. Las codicias de esta naturaleza me arrastraron, y yo era cautivo del pecado”. Si hubiera alegado eso ante Dios, Dios le habría respondido: “Todo eso es cierto, pero mi misericordia hacia ti se basa únicamente en mi bondad. Eres como Adán en el jardín, diciendo que se había descarriado por la misma misericordia que se le había concedido”.

Pero David se mantuvo en otro terreno, bendito sea Dios. Para él, era: “Mi pecado es entre Tú y yo. No oculto nada del mal que he hecho a los demás. Pero todo está ante Ti: yo, un hombre que ha recibido tus dones, tu gracia, tus consejos, tu amor; un hombre que ha tenido tantas experiencias benditas de tus caminos y contigo. ¡Ah, es solo contra ti contra quien he pecado! He pecado contra el conocimiento que tenía de ti, contra el poder que tú me has dado; deseo que tú seas justificado en tu juicio». Tales son los rasgos de un hombre según el corazón de Dios.

Quizá digan ustedes: “Es fácil confesar así”; pero si ya lo han hecho, nunca dirán que es fácil. Si ya han estado en su presencia, verdaderamente ante él, hablando de

ustedes mismos y de sus pecados, sabrán que es una tarea desgarradora, que escudriña el corazón, estar ante Él sin ninguna excusa. No pueden hacerme partícipe de sus experiencias, ni yo puedo les puedo hacer partícipes de la mía: estar ante Dios sin ninguna excusa, y apoyarse únicamente en lo que hay en Él: su bondad y la grandeza de su misericordia, es una experiencia personal e individual; y el conocimiento de Dios mismo es intransmisible, inexplicable, pero se manifestará en la vida y en los caminos de quien lo posee.

6 - La raíz del pecado

6.1 - La naturaleza pecadora

Pero David continúa: La raíz de todo esto está en mí mismo: «He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre» (v. 5). El pecado está en mí desde que nací; el pecado y la iniquidad me caracterizan. ¡La bondad y la misericordia son tuyas, oh Dios mío! Pero «tú amas la verdad en lo íntimo» (v. 6), la verdad, no su apariencia, no su profesión, sino la cosa misma, su realidad. Si entre ustedes, los que leen este artículo, hay algunos que no están convertidos, permítanme decirles que no pueden saber lo que eso significa.

6.2 - La verdad en el hombre interior

Quizá puedan proyectar una buena imagen de ustedes mismos y profesar muchas cosas, pero mientras no estén directamente ante Dios, no sabrán qué es «la verdad en lo íntimo» (v. 6). Quizá hayan hecho buenas obras, las consideran su deber para con el prójimo y para con Dios, pero es Dios quien las juzga, según Su criterio y no según el de ustedes. Pueden ponerlas todas en la balanza y ordenarlas lo mejor posible, pero la balanza del santuario es justa; Dios pone en el otro platillo «la verdad en lo íntimo», y entonces el lado de ustedes resultará muy ligero. Si tienen que rendir cuentas ante él, no pueden eludir «la verdad en lo íntimo», y él no puede sino exigirla. Sin ella, no pueden estar en paz, no pueden tener descanso, no pueden disfrutar de la presencia de Dios. Sin ella, no pueden ser “según Su corazón”. Y si no lo son, ¿qué son? Si no caminamos en su presencia y no estamos gozosos ante él, conscientes de su favor, es inútil decir que creemos esto o aquello. Lo que indica que disfrutamos de su favor es «la verdad en lo íntimo». Es la verdad la que viene,

escudriña y permanece. Así pues, basándose en su bondad y su compasión, David puede decir: «Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve» (v. 7).

6.3 - El juicio de uno mismo: reconocer la corrupción interior

Ahora, David dice: «Esconde tu rostro de mis pecados, y borra todas mis maldades» (v. 9). Cuando contemplo este pecado, soy consciente de que tu ojo lo ve, y eso es lo que lo hace tan terrible a mis ojos. Borrarlo de tu vista, según tu bondad y la grandeza de tu misericordia; entonces, y solo entonces, será borrado de mi vista.

En el versículo 10, David llega a la raíz de todo el asunto. Es muy importante que cada uno vaya realmente a la raíz de las cosas. Aquí expone la misma razón que el Señor daba al hablar a sus discípulos: No son las cosas externas las que, al entrar, contaminan al hombre. Es una verdad verdaderamente terrible para nosotros. Pueden hacer la vista gorda, endurecer sus conciencias, pero la verdad está ahí, ante ustedes, en toda su realidad, en las propias palabras de Jesús. Esa es la verdad sobre ustedes: como hijos de Adán, nada de lo que viene de fuera puede hacer que vuestro corazón sea peor de lo que ya es. Sí, es la verdad, una verdad terrible, pero no deja de ser *la* verdad. Sin embargo, ¡cuánto se niega e ignora en la práctica! Desde muy pequeños, a los niños se les enseña: “¡Sé un buen niño y Dios te amará!”, un error que niega esta verdad. Les pregunto: ¿creen que el corazón es tan malo que nada externo puede empeorarlo? Si no lo creen y piensan que no es tan grave, están confiando en sus propios corazones, y la Escritura dice: «El que confía en su propio corazón es necio» (Prov. 28:26). Confían en ese corazón que Dios declara que es «engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso» (Jer. 17:9). Añadiré que, para el hijo de Dios, los afectos naturales del corazón siempre serán falsos si no se regulan mediante el ejercicio de la conciencia. Cuando el corazón y la conciencia van de la mano, los afectos se regularán correctamente; de lo contrario, los objetos de sus afectos se convertirán en ídolos.

7 - La necesidad de un cambio interior completo

7.1 - La necesidad de un corazón puro

«Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio (o puro), y renueva un espíritu recto dentro de mí» (v. 10). Al juzgarse a ustedes mismos, ¿han llegado a decir: “El mal viene del *corazón*”? No se escuden tras la excusa: “Soy cristiano, no sería inteligente decir eso”. David dice: “Viene de mi corazón; no de la belleza de la mujer a la que miré, ni del esfuerzo por mantener la reputación mancillada del rey, sino del propio corazón del rey”. Es el corazón, el corazón impuro, lo que encuentro en mí; y por eso clamo: «Crea en mí», no “cámbiame”, sino «Crea en mí un corazón limpio (o puro)». ¿Es ese el terreno en el que sus almas se han situado ante Dios?

7.2 - La restauración

Reflexionemos un momento sobre esta experiencia. Si aún no la han vivido, ¡que Dios les ayude a hacerlo! Esa es la realidad de tratar con Él. Aquí, este hombre tiene un corazón recto ante Dios; reconoce que la raíz de la iniquidad está en él mismo. Así, dice: «¡Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio! ... y no quites de mí tu santo Espíritu» (v. 11). No me quites lo que hace que mi corazón y mi conciencia se den cuenta del mal ante Dios: los ejercicios de un alma turbada, el examen de conciencia ante Él. Eso es lo que significa. Es cierto que, como cristianos, no podemos decir: “No me quites al Espíritu Santo”, pues, gracias a Dios, el Espíritu Santo permanecerá con nosotros para siempre. Pero David tiene la sensación de haber perdido todos sus derechos y todas sus pretensiones, y que la misericordia y la bondad de Dios son las únicas razones por las que Dios le conserva todo lo que le ha dado. Así, David dice: «No quites de mí tu santo Espíritu»; «Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente» (v. 12).

8 - El deseo de dar testimonio de los caminos de la gracia de Dios a los pecadores

8.1 - Anunciar los caminos de la gracia de Dios

Ahora, David dice: «Entonces enseñaré a los transgresores tus *caminos*, y los pecadores se convertirán a ti» (v. 13). Fíjense en el lugar maravilloso y bendito al que ha llegado; no enseña sus caminos a los transgresores –que han sido tristes y dolorosos– sino «tus caminos»; tus caminos de gracia, bondad y compasión. No dice “los justos”, sino «los pecadores». Es inútil hablar de estos caminos a los justos. Son los pecadores quienes los apreciarán y se volverán hacia Dios; por eso, es a ellos a quienes se los anunciaré.

8.2 - El poder del testimonio de quien ha experimentado tal gracia

Los que están llenos de orgullo y satisfechos de sí mismos no querrán escuchar, pero los que, como yo, saben lo que es la transgresión, escucharán y se volverán hacia ti. En ello hay un poder, mayor y más penetrante que cualquier látigo que empuje a la rebelión. Les hablaré de tu amor, tu amor irresistible, tu piedad, tu amor misericordioso, tu gracia infalible, tu tierna misericordia, la grandeza de tu compasión. El sol puede detenerse en pleno día, pero tú nunca fallarás; por lo tanto, los pecadores se convertirán a ti. A ti te pertenecerá la gloria. Dame solo la luz de tu presencia, que restaura, y el bendito sentimiento de tu favor presente, y se lo diré a quienes están en sus pecados. Esto nos recuerda sin duda las palabras del propio Señor: «Aprended qué significa: Deseo misericordia, y no sacrificio» ([Mat. 9:13](#)). Aquí, en David, tenemos la declaración del mismo Espíritu Santo, a través de un hombre según el corazón de Dios, un hombre que había pecado y lo había reconocido plenamente ante Dios. No dice: “Enseñaré la Ley”, sino: «Enseñaré Tus caminos a los transgresores», pues yo mismo los he aprendido, y en ellos te he conocido. Aquellos que conocen algo de la locura y la maldad de su propio corazón son a quienes debe transmitirse este mensaje.

Pero debemos conocer los caminos de Dios antes de poder enseñárselos a los demás. ¿Conocen estos caminos de Dios hacia el alma? ¿Han aprendido esta maravillosa lección de cómo Dios puede hacer brotar una música celestial del corazón de los

hombres, de esos corazones llenos de pecado, egoísmo y maldad? Porque es, sin duda, una música celestial: una alabanza ofrecida a Dios por lo que Él es. «El que sacrifica alabanza me honrará» (Sal. 50:23). El hombre está alejado de Él a causa de sus malas obras. Su espíritu es hostil hacia Dios; pero Dios ama al hombre y busca atraerlo hacia él.

8.3 - La aplicación, hoy en día, se basa en la obra de Cristo

Y, como cristianos, ¿no podemos añadir a esta historia de los caminos de Dios la evocación de su misericordia y su bondad? No escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por los pecadores. Miren a la cruz, y verán la mayor y más gloriosa manifestación de esa bondad y esa misericordia que perduran para siempre. ¡Ay! ¡Ay! ¡Hay quienes rechazan ese amor, esa misericordia, ese don!

8.4 - El perdón se basa en la justicia de Dios

El versículo 14 es la gran confesión del remanente, relativa a la muerte del Señor Jesucristo. Pero aquí, David también habla de sí mismo y dice: «Librame de homicidios [o de la culpa de la sangre], oh Dios, Dios de mi salvación; cantará mi lengua tu justicia» (v. 14). «¡Tu justicia!» ¡Qué maravilloso es esto! No dice “tu gracia”, sino «tu justicia». La gracia, la verdadera gracia, reina por medio de la justicia. Por la muerte de Cristo, Dios puede ser, y es, justo al perdonar, al justificar y al acoger a todos los que acuden a él por medio de Aquel que es bendito. «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar» (1 Juan 1:9). A él le encanta restaurar el alma, pero solo la restaura sobre esta única base. Es fiel y justo para con Jesús y, por tanto, fiel y justo para con nosotros. Solo así podemos presentarnos ante él y abrirle nuestro corazón.

8.5 - La invitación a decir todo a Dios

Ahora les preguntaré: ¿son ustedes capaces, se atreven a contárselo todo, incluso aquello que le ocultarían a un amigo íntimo, a aquel a quien mejor conocen, el cual los conoce a ustedes, incluso a ustedes mismos? ¿Se atreven a revelarlo todo ante Dios, como hace David, e incluso de una manera aún más profunda, porque conocen el amor de sus corazones, que entregó a su Hijo para que muriera por ustedes?

8.6 - La certeza del amor incondicional de Dios

Tengan por seguro esto: al desnudarlos (mentalmente) ante Él, no cambiarán Su amor, ni podrán cambiarlo ni un ápice. Pero si no desnudan todo ante Él, no podrán conocer ni disfrutar de ese amor –todos los frutos benditos de su bondad y de su misericordia. Él les tendrá ante sí, como si dijera: “Les he revelado mi corazón, todo mi corazón, y también he revelado sus corazones; ahora, sean sinceros conmigo; revelad sus propios corazones; déjenlo salir todo, sin excusas».

8.7 - La necesidad de la rectitud y la sinceridad para disfrutar de la gracia de Dios

Buscar excusas y guardar reservas en el corazón no es tratar con el corazón de Dios –ese corazón que se manifestó en la muerte y la resurrección de nuestro Señor Jesucristo, ese bendito sacrificio por los pecados.

8.8 - El contraste entre la voz de Dios y la del diablo

Dios dice: “Este es el fundamento de la seguridad: el amor de mi corazón, demostrado por el don de Jesús. Ahora, di todo”. Pero el diablo dice: “No estén tan seguros. Tiene que haber algo de ustedes mismos en ello. Al menos deben ser recto de corazón. Se necesita rectitud en ustedes”. “¡Ah!”, digo yo, “pero ¿de dónde viene la rectitud?”. El enemigo dice: «Serían menos que un hombre si no tuvieran cierto orgullo y cierta autoestima”.

8.9 - La autoestima y la autodefensa impiden una relación verdadera con Dios

Es precisamente esa autoestima la que obstaculiza al pueblo de Dios más que cualquier otra cosa. Pero cuando se trata de Dios, no se les puede hablar de autoestima. No pueden hablar de su carácter ni de ustedes mismos en su presencia. Cuando veo a un hombre defenderse, digo: “Es un hombre que no está en la presencia de Dios”. Cuando sabemos lo que somos ante él y lo que él es para nosotros, podemos dejárselo todo a él. Es su corazón, el sentimiento de su amor, su bondad y su compasión

lo que nos hace justos ante él. De ahí proviene la rectitud, y de ningún otro lugar, digan lo que digan el padre de la mentira y el hombre engreído.

8.10 - Dios quiere un espíritu contrito, y no sacrificios rituales

David continúa: «Porque no quieres sacrificio, que yo lo daría; No quieres holocausto» (v. 16). Es como si dijera: “Si buscara sacrificios en todo el mundo, no podría hablarte de ellos; tu bondad los barrería a todos”. «Mía es toda bestia del bosque» (Sal. 50:10), dices Tú. ¿Qué te ofrecería entonces?». No habría ahí verdadera honestidad, ni rectitud; no tendría realmente que ver con él.

8.11 - El verdadero sacrificio es el de Jesucristo

Pero ahora, solo se ha ofrecido y aceptado un único sacrificio. El bendito Señor fue entregado por nuestras faltas y resucitó para nuestra justificación. Así, Dios lo ha barrido todo, para que cada uno de nosotros pueda relacionarse con él, directamente con él, en este terreno bendito: lo que su Hijo hizo por él y para su gloria, por nosotros y para nuestra bendición. Él entregó a su Hijo para que muriera por nosotros, y ahora nos llama a venir a caminar con él por este terreno –una plena libertad con él, una libertad sin nubes, disfrutando siempre de la plena luz de su presencia; entonces sabrán lo que es el verdadero gozo.

8.12 - El valor de la sangre de Cristo

«Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda iniquidad» (1 Juan 1:9). «Si andamos en la luz, como él está en la luz, [...] la sangre de Jesús su Hijo nos limpia de todo pecado» (1 Juan 1:7). Aquí aprendemos el valor de la sangre como nunca lo habíamos aprendido. Al acudir a la cruz como pecadores culpables, aprenden el valor de la sangre de Cristo, aplicada a todo lo que han hecho; aquí, en la luz, aprenden el valor de la sangre que borra todo aquello de lo que eran capaces. Es la misma sangre, pero vista de una manera más profunda, más completa, la que borra todo aquello de lo que somos capaces, como hijos de Adán.

8.13 - La exhortación para vivir en la luz de Dios

Así, y solo así, llegamos a ser verdaderamente rectos ante Dios, verdaderos en su presencia. Que el Señor, en su misericordia, nos permita descubrir esa realidad. ¡Es un terreno bendito! Demos gracias a Dios porque no hay otro en el que él permita a los suyos pueblo estar con él, ni que nos acerque a él, según su corazón.